

ADMINISTRADOR.

6, PÍNO, 6,
BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRICION

BARCELONA.

En la Administración, 6, Píno, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martín. Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los correspondientes de esta Administración.

SUSCRICIONES Y ANUNCIOS

DEL EXTRANJERO

GUSTAVO BENTFELD.

Madrid.

Pedidos y reclamaciones á la Administración, 6, Píno, 6, Barcelona.

Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administración y acompañando su importe en sellos de correo.



PERIODICO POLITICO JOCO-SERIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA ROJA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.— 2.º — Regalo del Almanaque de la Mosca para 1883.

PRECIOS de SUSCRICION.

BARCELONA.	
Tres meses	8 Rs.
Estos meses	16 »
Un año	32 »
PROVINCIAS.	
Seis meses	30 »
Un año	40 »
ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Seis meses	40 »
Un año	80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS
En el resto de España, 15 Cs. de Pts.

NÚMERO ATRASADO,
En todo el país, 25 Cént. de Peseta.

REGALOS A LOS SEÑ. SUSCRITORES

Verificándose la suscripción por 1.º año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

- 1.º—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administración de este periódico, 6, Píno, 6, Barcelona.
- 2.º—Regalo del Almanaque de la Mosca para 1883.

AVISO

Las importantes reformas que introduciremos en esta publicación desde el próximo año, así como los deseos que tenemos de dejar publicada cuanto antes la interesante novela de Solá, *Misterios del Hospital*, nos obligan á no publicar la lámina de caricaturas acostumbrada. Nuestros suscritores nos han de dispensar esta variación de la que les resarciremos con creces dentro de breves días.

UN CONSEJO DE «LA MOSCA»
Á S. A. I. R. EL PRÍNCIPE FRITZ

Malo, malísimo se va poniendo el tiempo para el regreso del príncipe heredero de Rusia á sus lares. Si cuando S. A. vino de Génova á Valencia con un tiempo relativamente bonancible, se maró horriblemente, que vá á ser de ella con la tempestad deshecha que actualmente reina, y que amenaza prolongarse por muchos días.

¡Y pensar que por un escrópulo que no acertamos á explicarnos, S. A. ha renunciado voluntariamente á proseguir su viaje blandamente recostado en un coche solado, tan sólo por no atravesar la Francia!

Sentimos como si las sufriríamos nosotros mismos, las náuseas que por un reparo mal entendido van á experimentar el príncipe Fritz, el general von Blumenthal y todos los demás señores que acompañan á su Alteza.

Ahora bien, como somos enemigos de los sentimientos estériles, permitamos á nuestros distinguidos visitantes, que les señalamos desinteresadamente un itinerario terrestre que les llevará á su país al través de una serie interminable de ovaciones, y con sólo dos medias horitas escasas de mar.

Dirigiéndose al litoral del Sur de España, por cualquiera de nuestros ferros y carriles que no se acerque demasiado á Gibraltar, y embarcándose en cualquiera de sus barcos, 6 de los nuestros, que viene á ser lo mismo, en una de las medias horitas de mar se planta en Ceuta, donde la abundancia de elementos oficiales españoles le garantiza un buen recibimiento. Forma en Ceuta una caravana que custodiada por un pelotón de moros de Rey, que no le negará el Sultán de Marruecos, su semialojado, en pocas jornadas atravesará el territorio marroquí en línea recta. Bien es verdad que al atravesar las fronteras marroccas, deberá abandonar también la línea recta para evitar la Argelia francesa, pero no es ménos cierto que los pueblos del pié del Atlas por donde puede dirigirse su itinerario, sienten grandes simpatías por las ideas y costumbres germánicas. Atravesándose por el alto Egipto, le ofrecerá sin duda su protección el Mahdí y quizá de la conferencia que celebre, resulte un nuevo aliado que castigue las complacencias inglesas en pró de la República Francesa. Atravesar el canal de Suez, es empresa de pocos momentos, y al desembarcar del bote real, se encontrará como en su casa, pues que estará en dominios de su más fidelísimo aliado el

Sultán de Constantinopla. Atraviesta el Asia menor por bajo arcos de triángulo y lluvias de flores de los turcos que no cesarán ni aún en el Bósforo, ni aun en las fronteras del Imperio Otomano, sólo que desde éstas si los arcos y flores no son ya turcos, las aclamaciones llegarán á sus oídos en su propia lengua, pues que saldrán de pechos Tedescos. Desde Austria á Berlin el camino es trillado, y aun podrá obiar entre varios que todos lo concluirán á su real palacio á descansar de tantas fatigas entre boks y platos de *Choucroute*.

Salve PERIODISTA.

¡Díste salve, Práxedes, que bien lo necesitas, madre de la discordia, perdonas-vidas, amargura y deslusion nuestra! ¡Dios te salve: á ti llamamos los encarcelados, hijos de la prensa; á ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de injusticias! ¡Ea, pues, señora, *salvadora* nuestra; vuelve á nosotros, no las espaldas, sino tus ministeriales ojos, y despues de esta ganga muestranos á Martínez de Campos, pacificador del globo! ¡Oh fustionista! ¡Oh revoltoso! ¡Oh siempre importérrito Práxedes! Marco Sagastal Ruega por nos, endemoniada madre de la fusion, para que seamos dignos de no ir todas las semanas al juicio oral y público, y de alcanzar los raquíticos indultos de nuestro señor ministro de Gracia y Justicia. Amen.

AQUÍ EL QUE NO CORRE, VUELA

Pedro es jóven y es simpático, tiene clara inteligencia, y ribetes de pintor y ribetes de poeta. Sus modales son muy finos, su conversacion amena; él entiende de politica, de artes, de industrias, de ciencias y de modas y de toros, y de otras cosas muy buenas.

Pero como el pobre chico no tiene empleo ni rentas; y tiene, en cambio, un hambre que diez maestros de escuela, ha decidido casarse con una rica... muy vieja.

Ya ha logrado sus deseos; ya come, triunfa y pasea... Señores, la verdad es que aquí el que no corre, vuela.

Eloísa es una jóven de incomparable belleza, de educacion esmerada y de talle de palmera. Sabe tocar el piano, sabe cantar malagüenas y bordar y hacer *crochet*, y poesias y acuerdos. El italiano lo entiende, el francés lo chapurrea... Pero á pesar de que admiran

su talento y su belleza, no hay jóven de posicion que la diga:—¡Usted me pea, porque la pobre no tiene sobre qué caerle muerta. Eñó, en cambio, es despreciado proposiciones modestas, porque dice que el amor sabe muy mal sin pestas... ¡Oh dicho! Ya se ha casado con un veje que cuenta cinco docenas de taógos y otras cinco de taógos, y otras cinco, cuando ménos, de enfermedades diversas... Pero si es lo que yo digo: aquí el que no corre, vuela.

Ése señor don Panarcio, que bien se conserva parece un pollo y nació allá por el año treinta; pero ¡qué ha de suceder á quien tal vida se lleva? El se levanta á las nueve y va enseguida á la iglesia, donde invierte un par de horas en rezos y reverencias; vuelve despues á su casa y á las doce en punto almuerza; luego toma su café y su copa de aniseta, y ya un ratito á pasear y al templo de nuevo entra; despues toma chinitilla y despues come y se acuesta. Tiene mucha intocidad con toda la *gente negra*, y con marqueses y duques... Lo que no tiene son tentas, ni ocupacion, ni... ¡Demonio! aquí el que no corre, vuela.

Este que á ver vais ahora se llama Juan Sinvergüenza; es ísabelino rabioso cuando ísabel era reina; ¡abajo la raza!... ¡dijo despues de lo de Alcolea y luego! ¡Viva Amadold gritó con toda su fuerza. Cuando vino la República exclamó: ¡Viva Figueras!... barajó bien las palabras que á continuación van puestas: *Deberes, derechos, honra, porvenir, lucha, conciencia, bienestar, luz, esperanza, ánimo, valor, problemas*; formó con ellas discursos y fue orador de plazauela. Despues se ha vuelto monárquico y ha sido ¡quién lo dirá! moderado, canovista, y fusionero y etcétera.

Hay acabo de saber que pertenece á la izquierda. Nada, lo dicho, lo dicho, aquí el que no corre, vuelva.

CAMACHO.

PICADURAS.

Anhelamos conocer el mensaje de la izquierda. ¿Que nos dirá Segurosuno? ¿Cuántos kilos de promesas ofrecerá en el mensaje dado á luz por boca régia? Oírceles es cosa fácil, cumplir es cosa más sería. Las promesas de los zurdos, sus liberales ofertas, son palabras y palabras que todo gobierno suelta al principio, pero luego en saco roto las suelta. Al país estas mentiras no le cogen de sorpresa. Conoce á todos los zánganos que con los embustes medran, y por suerte ó por desgracia sabe de que pie cojean.

Dices un colega Salamanzuino que tiene timbas Ciudad Rodrigo, donde juegan los trabajadores sus jornales. Esto será una gran satisfacción para el ministro de Gobernación.

«De las personas detenidas en Zaragoza por consecuencia del célebre robo de la Tesorería, ya no queda ninguna encerrada.»

¿Y las peetas seductoras? ¿Continúan encerradas?

—Un padre cura en Palma de Mallorca, cuchillo en mano persiguió á la gente y á una señora le arrojó una piedra. ¿Qué cura más valiente!

D. Cristino Martos ha sufrido una metamorfosis impropia de su honestidad.

Ahora grita, manotea y dice:

—Es necesario cumplir punto por punto los compromisos políticos contraídos en la oposición, preciso es que la izquierda dé este gran ejemplo. Hacer lo contrario es fomentar la desmoralización política que todos deploramos.»

He dicho. La izquierda aplaude. El país calla. La luzion rie.

Posada Herrera es el hombre más desgraciado que en España y Alemania (salanza pura) existe. Todo le sale mal. Este agente conciliador ha sido víctima de una nueva catástrofe.

Los periódicos de Madrid han dicho: «El señor presidente del consejo de ministros ha estado á punto de sufrir un grave percance, pues su carrozga chocó con otro. Afortunadamente, el Sr. Posada Herrera sólo sufrió una leve herida en la mano izquierda y una desgarradura en el pantalón, producidas ambas por la rotura de los cristales de su coche, en una de cuyas portezuelas metió la cabeza el caballo del carruaje que produjo el choque.»

¡Digol hasta los caballos solicitan conferenciar con don José, y para lograrlo rompen los cristales de la carrozga del presidente.

«Una mano herida! ¡El pantalón roto! ¡Y sabe Dios por donde sería!»

Posada murde de un susto.

¡Ya lo volverá usted!

«En el Deutches Theater de Berlin, se pone en escena todas estas noches el Don Carlos, de Schiller, y el público aplaude extrosamente, dando á sus aplausos el carácter de manifestación de simpatía para España.»

¡Símpáticos!

Noviembre es el mes de los sueños de color de lotería. La mitad de los españoles sueñan con el premio grande.

—En qué te ocupas?—le preguntó á un amigo el otro día.

—En esperar que me caiga el premio gordo,—me contestó.

—¿Y si no te favorece la suerte?

—Entonces... me dedico á esperar que se arme la gorda.

No trascurrirán muchos meses sin que D. Antonio vuelva de su conservador letargo.

«Nuestra nación está condenada á sufrir el yugo de conservadores y fusionistas.»

Segasta y Cánovas son dos matadores de libertades que alternan en sus trabajos.

Ahora le toca á D. Antonio ejercer el oficio. El ministro subirá al poder y tendremos D. Antonio para otros seis años, ó más.

¡Pobre país!

«En buenos momentos caerá el poder!»

Las señoras de los conservadores han recobrado su extravariada sonrisa.

Una convisita acaba de decirme:

—Amigo, volvamos á matar. He recibido una carta de D. Antonio, manifestándome que pronto funcionarán nuestras mandíbulas.

EPIGRAMAS

Por burlarse cierto Hipócrates Del boicardo don Rémulo, De contradicción espíritu, Le pidió al buen farmacéutico, Y éste, sin turbarse un ápice, Queriendo servir al médico, Le mostró con risa cómica De su suerga el rostro tétrico.

Vivas á la libertad, Y á orden y á la igualdad Y á la ley un quidam daba; Y el pueblo «viva!» exclamaba Con toda espontaneidad. Harto de gastar saliva, «¡Cal viva!» el quidam gritó Con frase provocativa, Y el público que oyó Prosiguió gritoando «viva!»

CARLOS CANO.

Los tólogos reconocen por lo común, tres especies de mentira: perniciosas, oficiosas y jocosas; esto es, mentira que dañe al público, mentira que le beneficie y mentira que, sin tender á ninguno de esos extremos, se profiera por mero pastisimeño.

¿Serán igualmente pecados unas y otras clases de mentiras?

Consultad el libro *Personas Bonaes*. Se halla en la librería de D. Guillermo Parera, 6 P no 6.

Imprenta La Renaicens, Xucú, 13, bajos.

101

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR EMILIO SOLÁ

todos los días y en toda clase de espectáculos; pero lo que ocurría en el suceso de Herminia, esa separación de Puente, tan brusca y radical, esa falta de caballerosidad al impedir la caída de la joven, el abrazo de los dos amigos; todo iba revestido de tal misterio, que la mayor parte de los presentes más se ocupaban en comentar estas incógnitas, que en atender á la hermosa Herminia.

—Hija mía! decía la baronesa al verla repuesta y consciente; dime, qué ha sido esto? qué te ha pasado? Dónde está Alejandro? Yo exijo una explicación y únicamente el puede darla. ¿Dónde está?

Los señores de Lasserrie y Conchita, que procuraban disimular su propio disgusto para calmar la emoción de los demás, buscaron á Puente.

Hállábase el joven en el salón contiguo á la entrada del piso, poniéndose el gaban; la cabeza cubierta. Vargas hablaba con él en voz baja porque había allí otros caballeros que no se cansaban de preguntar: ¿qué ha sido? ¿qué ha sido? y rababan por saberlo y contarlo á sus mujeres que esperaban también satisfacer su curiosidad.

—Señores, dijo Puente esforzándose por parecer sereno; siento que se tome tan á pecho una simple cuestioncilla de enamorados. No se habla más del asunto, y aun me creo en el derecho de exigirles el mayor silencio sobre lo ocurrido, á fin de no perjudicar el buen nombre de una respetable familia. Digo esto, porque los comentarios y las conjeturas son peores que lo verdaderamente cierto y muchas veces surjen como calumnias, y difaman.

—La baronesa pide que D. Alejandro se presente al salón, dijo el señor de Lasserrie, entrando con Conchita.

—Yo no puedo ir al salón, dijo Puente.

—Déme V. una prueba de afecto, señor Puente,—dijo el dueño de la casa,—cumpliendo los deseos de la baronesa.

—Repito que no puedo ir al salón, replicó el joven con energía.

—Doña Concepción lo exige...

—Digo que no iré, y puede agradecerlo...

—Yo me ofrezco, en nombre de mi amigo; repuso Vargas.

«En tanto madre é hija, más serenas, conversaban sobre las causas de aquel rompimiento tan brusco. Herminia no se atrevía á decirlo todo, pero, tanto porfió su mamá, que hubo de confesar, explicando el suceso de aquella noche letra por letra. Antes de terminar se interrumpió para balbucear entre sollozos.

—Todo está perdido, mamá. Alejandro tiene razón.

—¡Pero, cómo ha podido saberlo?... Alguna sospecha no más...

—No, mamá, nó. Tiene pruebas convincentes.

—Imposible!

—Como! el señor Prior me aseguró que allí no entraba nadie. Se tomaron toda clase de precauciones...

—V. no sabe, mamá, que una noche yo estuve al linde del sepelicio y á una sangría me salvó la vida?

—Así me lo contaron despues, pero...

—Alejandro fué quien me sangró.

—Acaso no te ocultaste el rostro?

—Tan tapido era el velo, que ni él vió mi rostro, ni yo el suyo...

—Entonces, ¿cómo ha conocido...? Por la voz alguna confianza de la comadrona? Confesas tu misma que no vió el rostro. Tampoco hubiera podido concerte por la voz, porque estabas ronca y sofocada...

—Ciertamente, pero me vió la cicatriz del brazo...

¿No es bastante?

—Precupada en velar mi cabeza, me olvidé del indeleble estigma...

—Designios inscrutables de Dios!... Lo ha querido El; hágame su voluntad!...

Entonces la baronesa se arrepietió de haber mandado llamar al joven. Temía que Puente en un arrebatado de despecho revelase el terrible secreto. Una sola frase intencionada hubiera bastado para difundir el escándalo.

En aquel momento llegó Vargas; se abrió paso por entre los grupos que cuchicheaban y dirigiéndose á la baronesa le dijo con calma indescriptible:

—Doña Concepción de Angulo no habrá olvidado mi fisonomía. Soy aquel estudiante calificado por usted de ateo y materialista, en otro tiempo. Hoy el amante de aquella Carmen que tuvo ella... honor... de

sucumbir víctima de la oficiosidad intransigente de usted... Soy...

—Caballero, interrumpió la baronesa; ya que somos antiguos conocidos, puede V. excusarse todo preámbulo. ¿En qué puedo servir al doctor D. Antonio Vargas?

—Mi amigo Puente no se halla en disposición de acudir al llamamiento de la señora baronesa. Mi humilde persona viene en su lugar. ¿Qué desea, la señora baronesa, de su futuro yerno?

Vargas subrayó la palabra con sonrisa de acre ironía.

—Nada desee; se apresuré á contestar la dama; absolutamente nada... Que nos dejen VV. en paz de Dios.

—Sabe V. ya el motivo de la separación de mi amigo!

—No quiero saber nada.

—Ah! Señora! dijo entonces Vargas perdiendo su sangre fría; cuando recuerdo á mi adorable Carmen, tentaciones me dan de enmarme divulgando lo que ha ocurrido esta noche...

—Caballero! exclamó la dama con indignación.

—Porque soy caballero, y porque Alejandro posee un corazón nobilísimo, nadie sabrá jamás el secreto que pasa sobre la conciencia de Herminia.

—Gracias.

—Veán Vdes. como nos portamos los materialistas.

—Basta; señor Vargas. Se le ofrece á V. otra cosa?...

—No, señora. Solamente, como final de esta corta entrevista, he de hacer conste sabrá jamás el fin que me es... «épicos» también tenemos una Providencia, un hado que premia nuestras... virtudes... proporcionándonos placeres de orden moral. Esta noche he sentido uno de estos placeres al enterarme que lo que ha descubierto Alejandro...

—Señor Vargas, interrumpió la baronesa, levantándose enojada é imponente; tenga V. la bondad de retirarse.

Poco á poco algunos concurrentes habían notado la animosidad de aquel dialogo. Al levantarse la baronesa hubo grandes murmullos. Vargas había perdonado sus palabras, estaban impregnadas, más que de ironía, de sarcasmo. Aproximose entonces á la dama y le dijo, casi al oído sin que nadie más pudiese oírle:

—En el Hospital, señora, consiguió V. arrebatarme el amor de Carmen. Ah!... cuidándose V. tanto de

En cuanto la exaltada oyó aquella voz, y vió aquellos preparativos, cerró la boca, mascullando un poco, y se dejó conducir mansamente a su celdilla.

Lector querido, aprende: si algun día tu mujer ó tu mujer manifestan tener los demonios en el cuerpo, enséñales una vara de Fresno, y en su defecto un palo cualquiera, muy riego, y verás resultados semejantes.

El travieso Cervera había hecho de las suyas por el patio mientras estuvo tan lleno de gente, pero á decir verdad, no fué curioso espectador, sino observador fiel y científico de los variados fenómenos que en la mujer sucedían. En tanto le preocupó aquella enfermedad que, desseo de estudiarla y no teniendo libros de *frenopatología*, es decir de afecciones mentales, se fué sin perder tiempo á casa de Puente cuya bien provista biblioteca estaba siempre abierta para sus amigos.

—El señorito no recibe hoy; díjole la criada que le conocía como compañero de aquél.

—¿Pero está en casa?

—Sí señor, pero no recibe.

—Dígame que soy yo.

—No puede ser. Me ha dado órdenes muy serias.

—Repto que es inútil.

—¿Acaso está patológico?

—¿Pato... qué?

—Quiero decir si está enfermo.

—No señor; está en su despacho.

—¿Y qué hace allí?

—¿Pues señor! ¡estamos frescos! no acabaremos nunca.

Este diálogo se sostenía en el dintel de la puerta, casi en la escalera, y fué interrumpido por una señora de elegante porte vistiendo rica mantilla con velo caído por delante de la cara.

Cervera se apartó respetuosamente para dejarla pasar.

La recién llegada parecía hallarse perpleja delante de la criada y del estudiante, pero al fin dijo:

—Don Alejandro Puente, vive aquí?

—Sí señora, pero hoy no recibe.

—¿Está ausente?

—No señora. Cervera, por no pecar de indiscreto, se sentó en un banco de la antessa, esperando reanudar su conversación con la fámula.

—Supongo que no estará enfermo, dijo la del velo; alguna ocupacion....

—Hace tres días que no sale de casa, siempre estudiando....

—Y. la orden de no recibir á nadie es para cualquiera que se presente?

—Sí señora; excepto los de familia.

Entonces aquella dama abrió su tarjetero, entregó un papelito á la muchacha, y dijo:

—Señal V. está recado. Espero contestacion.

—Sí voy allí, se enojará conmigo.

—Tome V. para consolarse, repuso aquella dándole una moneda de cinco pesetas....

—Entonces, voy á probar á fortuna....

Al poco rato volvió la criada.

—El señorito dice que puede V. entrar. ¿Sabe V. el despacho?

—No; es la primera vez....

—Yo la guiaré.

Cuando la muchacha volvió á la antessa, Cervera abrió la puerta para marcharse.

—Se va V. ya?

—¡Ah! ¡bricitana qué eres!.... Ahora sería tonto insistir.... ¡Ya lo creo que no me recibiré estando con tan real moza! ¡Yo que tú sabes correr cuando te pones en plana en la mano.... ¡Y voy á ríes como decía Sanchez! ¡yo lo hubiese sabido, te daba seis cuartos que tengo en el bolsillo y me dejabas meter por cualquier lado.

—¿Seis cuartos no más? ¿señor Cervera? ¡V. si que puede llamarse estudiante pobrer de la feugonca en medio de un mundo... ¡riendo de buena gana.

—Pobre, has dicho? archipobre y proto-miseria me hubiera llamado Quevedo, y con razon. A mí no me can propinneas de á veinte reales. Pero adios, Mel-pómene para platos, Afrodite de cocina, que el tiempo vuela.

—No tema V. que me enfade; he tenido ganga y esto me pone fuerte contra los dicitarios de V. Y cerró la puerta.

—¿Total por un disco de plata? murmuraba Cervera bajando los escalones. Estas domésticas no saben nada, ¡han leído á Herodoto, ná Platon;... todas son *usadem farina!*....

Conviene indicar, antes de pasar adelante, que Puente y su amigo habían salido de la tertulia de Lasserrie, aquella fatal noche, mudos y conernados dirigiéndose ambos á la casa del primero.

Al entrar en su casa, al ir andando el camino con una cerilla fósforica que les había dado el vigilante nocturno, Encendió una vela que estaba sobre

la mesa, y arrojó sus guantes al suelo. Entretanto, Vargas, sin atreverse á despegar los labios, se había arrellanado en un sillón. Sentía frio y algo de sueño. Miraba á su amigo, que, sério y cejijunto, después de encender la vela se había quitado el sobrio, poniéndose una bata de cuadros azules. Cada uno de los dos esperaba que el otro rompiese el silencio.

Puente se dejó caer sobre el sillón que había frente al de su amigo. Estiró las piernas, apretó los brazos del asiento con crispadas manos, y mirando fijamente á sus pies, murmuró varias veces.

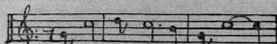
—¿Cómo iba de ser ¡cómo ha de ser!.... Cada uno de los dos esperaba que el otro rompiese el silencio. Luego se mantuvieron quietos y ensimismados.

La bugia que iluminaba el aposento no era estática. Era de trasparente parafina. Las bugias de parafina, á más del inconveniente que tienen de dolerse por sí solas en verano, producen una luz oscilante y mal-carada. Esto contribuía á dar más lobreguez y melancolía á aquella escena muda, silenciosa, llena de dolores ocultos. Los dos jóvenes, inmóviles y taciturnos, parecían estatuas sepulcrales vestidas al uso del día, hechas de mármol oscuro-vetado. Solo se oía la respiración suspirosa de Alejandro y el rumor que hacía Vargas al retrepase, de tanto en tanto, en su sillón.

Por la calle, los pasos de algun trasnachador cuyos taconazos hacían vibrar el adomquinado; el *lat-farlat*, fat-terá de una adonaziz cautiva en un balcon vecino; el rumor de coches en lontananza. Todo lo demás dormía.

Así se deslizaron, impalpables, muchos minutos; casi media hora. Luego otra media hora.

Después, una voz de bastante retinado cantó en mitad de la calle, con mucha lenitud:



Las tres y me da Nublado.

Este que cantaba nublado, era el sereno.

—¡Las tres y media! dijo Vargas levantándose.

—Nublado... murmuró Puente, como un eco, sin saber lo que decía.

Esta palabra hizo sonreír á Vargas, quien murmuró:

—En efecto hay nubarrones en nuestras cabezas.

Luego añadió en voz alta:

—Te ruego, Alejandro, que te acuestes. Balsamo de almohada.... Es un gran calmante. Yo no te dejaré. Voy á leer cualquier cosa mientras tú duermes. —Dormiré en este sillón, si puedo. Descansa tú en el tuyo, ó véte á tu casa, si no quieres disponer de mí cama, que, por hoy, te la ofrezco.

Puente cogió un libro y volvió á su sillón.

—No lees, dijo Puente; hay mala luz.

—Encenderé el gas.

—Está cerrado el contador.

—Entonces no leo. Me tumbó y cierro los párpados.

—Celebraré que puedas conciliar el sueño.

—Dormiré siquieras.

—Yo estoy amodorrado, pero veo tantas cosas en ese fondo negro....

Vargas no contestó. Para no entrar en sinusoides que aumentasen la pena de su amigo, hizo apariencia de dormir.

Volvió á reinar silencio largo.

De pronto Alejandro lanzó una carcajada sin estrepitosa, que Antonio dió un salto hacia él, interrogándole con los ojos llenos de ansiedad.

—No tengo que cuidar, dijo Puente, como si me vuela loco. Me río de nosotros... sonriendo; no me vuelvo loco.

—¿Ah!...

—Sí, de tí y de mí.

—Mejor; lo mismo desahoga la risa que el llanto.

—Me río, porque somos unos estúpidos, unos chiquillos; peor que eso... unos ignorantes... unos burros ¡esta es la verdadera palabra!...

—¿De qué nos han servido el talento y la educacion? Nos hemos hartado de Biología; hemos estudiado y puesto en paragon las obras de Balmes y de Haeckel, las de Dupanloup y de Littré, las de Bernard y las de Vogt, las de Darwin... Sabemos la organizacion y el funcionalismo de nuestra máquina; conocemos las mil alteraciones del cuerpo animal, sentimos amor por las ciencias naturales, pretendemos entender lo que fueron los mundos prehistóricos, estamos inclinados en artes madre de belleza; hemos andado por el corazón de la sociedad á fin de averazarnos á las contingencias de la vida moderna... ¡Y con tanta sabiduría; tú no podiste evitar que te robasen el cariño ni la salud de la adorable Cármen, ni yo he sabido controlar, como una mujer, antojándoseme perfeccionista de cuerpo y de alma, era como los fríos que, roidos interiormente por el insecto, tienen la corteza brillante y hermosa! Si, querido Antonio; no

somos nada; los libros... vanidad y pasatiempo; lo que importa al hombre, ya que ha de vivir como hombre, es conocer la prosa de la vida, la vida práctica... No hay más! somos unos panates....

(Se continuará)

AVISO

Los señores suscritores de Barcelona que desean adquirir alguno ó algunos de los libros que se vienen anunciando en LA MOSCA de vez en cuando; pueden pedirlos á nuestros repartidores, agentes y vendedores, quienes cuidarán de llevarlos á domicilio sin aumento alguno de precio.

Librería de G. Parera, 6, Pino, 6, Barcelona.

LA CONDESITA

(MEMORIAS DE UNA DONGELLA)

por

D. FRANCISCO DE SALES MAYO

Estudio fisiológico, no menos interesante al facultativo que al hombre de mundo.

Cuarta edición.—CINCO reales.

MISTERIOS

DEL

HOSPITAL

NARRACION REALISTA DE ESCENAS Y LANCES HOSPITALARIOS Y PATOLÓGICOS, MISERIAS HUMANAS, ETC., ETC., ETC.

ENTRE

ENFERMOS, ESTUDIANTES Y LOCOS,

escrita en forma de

Novela descriptiva, médico-filosófica, nosocómica y joco-sérica, en estilo lírico y llano

POR EL DOCTOR

EMILIO SOLÁ

Un abultado tomo encuadrado, de más de 500 páginas.—5 pesetas.

Para obtener esta interesante obra desde fuera de Barcelona, enviar su importe en sellos de franquía al librero, G. Parera, 6, Pino 6, Barcelona, y se recibirá á correo seguro, bien empaquetada y franco de porte. Si se desea certificada, debe enviarse á peseta más.

Gran gimnasio higiénico para ambos sexos

UNICO EXCLUSIVO EN BARCELONA Y ACADEMIA DE GRIMINA

DIRIGIDO POR

D. MIGUEL GIBERT

Profesor de la Casa Provincial de Caridad, de varios reputados Colegios de esta capital de las Escuelas públicas del EXCMO. Ayuntamiento.

ARCO SAN RAMON DEL CALL, ESQUINA MARLET, 1.

LIBRERIA DE GUILLERMO PARERA 6, Pino 6, Barcelona.



PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO.
Se publica su número en cada página de feria, domingo y festivo.
PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Barcelona y provincias 10 rs. al mes, 30 rs. al trimestre, 100 rs. al semestre, 200 rs. al año.
En provincias 12 rs. al mes, 36 rs. al trimestre, 120 rs. al semestre, 240 rs. al año.
En el extranjero 15 rs. al mes, 45 rs. al trimestre, 150 rs. al semestre, 300 rs. al año.
En el extranjero 15 rs. al mes, 45 rs. al trimestre, 150 rs. al semestre, 300 rs. al año.
En el extranjero 15 rs. al mes, 45 rs. al trimestre, 150 rs. al semestre, 300 rs. al año.

Se ha publicado ya el número 37, de esta interesante cuanto económica revista.